

INTELIGENCIA COLECTIVA

por una antropología del ciberespacio

Pierre Lévy



<http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>



biblioteca
virtual em saúde



BIREME • OPS • OMS

INTELIGENCIA COLECTIVA

POR

PIERRE LÉVY

Washington, DC. Marzo de 2004

Lévy, Pierre, 1956-

Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio / Pierre Lévy : traducción del francés por Felino Martínez Álvarez

p. cm.

Traducción de: L'Intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN-

1. Tecnología de información—Aspectos sociales

I. Título

CIP

NLM

La traducción a partir del original francés fue hecha por el Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas (INFOMED), a cargo de Felino Martínez Álvarez, Facultad de Lenguas Extranjeras, Universidad de la Habana.

La versión original de este documento fue publicado en francés bajo el título: L'Intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace, Editeur : La Découverte (Essais), ISBN : 2707126934

El autor Pierre Lévy y la Organización Panamericana de la Salud no asumen la responsabilidad de la exactitud y fiabilidad de la traducción del traducido en este documento.

Aunque el material de este documento se puede citar, es preciso señalar la fuente y hay que hacer referencia al título y al ISBN. Se puede enviar un ejemplar de la publicación que incluya alguna cita o que reproduzca cualquier parte a la Unidad de Promoción y Desarrollo de la Investigación de la Organización Panamericana de la Salud, 525 Twenty-third Street NW, Washington, DC 20037.

Copyright 2004 Organización Panamericana de la Salud

Copyright 2004 Pierre Lévy

Para diseminar ampliamente la información contenida en esta publicación, se ha creado el sitio Internet en el URL: <http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>

Las opiniones expresadas en la presente publicación son del autor y no reflejan necesariamente la opinión de la Organización Panamericana de la Salud.

Diagramación y carátula: BIREME / PAHO / WHO.

Primera parte: La ingeniería del vínculo social

4 Dinámica de las comunidades inteligentes. Manifiesto por una política molecular

¿Cómo gobernarse en situación de deterritorialización acelerada? El invento de nuevos modos de regulación política y social aparece como una de las tareas que, con mayor urgencia, se imponen a la humanidad. Este invento, moralmente deseable cuando persigue una profundización de la democracia, depende además de la salvación pública cuando condiciona la solución de los problemas graves y complejos de nuestro tiempo. Desarrollamos aquí la hipótesis "utópica" de una democracia directa asistida por ordenador – o por un ágora virtual- más apta que los sistemas representativos actuales para hacernos atravesar las aguas tumultuosas de la mutación antropológica.

Técnica y política

Las infraestructuras de comunicación y las tecnologías intelectuales siempre tuvieron estrechas relaciones con las formas de organización económica y política. Recordemos al respecto algunos ejemplos bien conocidos. El nacimiento de la escritura está vinculado a los primeros Estados burocráticos de jerarquía piramidal y a las primeras formas centralizadas de administración económica (impuesto, gestión de grandes propiedades agrícolas, etcétera). La aparición del alfabeto en la Grecia antigua es contemporánea con el surgimiento de la moneda, con la ciudad antigua y sobre todo con el invento de la democracia: al haberse difundido la práctica de la lectura, cada cual podía tener conocimiento de las leyes y discutirlos. La imprenta hizo posible una amplia difusión de los libros y la existencia misma de los periódicos, fundamento de la opinión pública. Sin ella, las democracias modernas no hubieran surgido. Por otra parte, la imprenta representa la primera industria de masa y el desarrollo técnico y científico que favoreció fue uno de los motores de la revolución industrial. Los medios audiovisuales del siglo XX (radio, televisión, discos, filmes) contribuyeron al surgimiento de una sociedad del espectáculo que cambió completamente las reglas del juego tanto en las ciudades como en el mercado (publicidad).

La fuerte interacción entre las técnicas de comunicación y las estructuras de gobierno fue confirmada por varios acontecimientos políticos recientes. Los regímenes autoritarios, muy adaptados a los medios unidireccionales, centralizadores y territorializados, resistieron mal las redes telefónicas, los satélites de televisión, los fax, las fotocopiadoras y todos los instrumentos que estimulan una comunicación descentralizada, transversal y no jerárquica. Los medios masivos contemporáneos, al difundir ampliamente todo tipo de ideas y representaciones, cuestionan los estilos de organización rígidos y las culturas cerradas o tradicionales. A pesar de inevitables reacciones y de retrocesos a arcaísmos, demostraron así su inmenso poder crítico. Pero si bien propagan emociones, irradian imágenes y disuelven los aislamientos culturales, los medios masivos constituyen un recurso débil para ayudar a los pueblos a elaborar colectivamente soluciones a sus problemas y a pensar de conjunto. Después de que nuestras sociedades hayan experimentado los poderes críticos y deterritorializantes de los medios clásicos, ¿por qué no experimentan las capacidades de aprendizaje cooperativo, de constitución y reconstitución del vínculo social que encierran los dispositivos de comunicación para la inteligencia colectiva?

Las innovaciones técnicas abren nuevos campos de posibilidades que los actores sociales desprecian o toman sin ninguna predeterminación mecánica. No se trata de razonar en términos de impacto (¿Cuál será el impacto de las "autopistas electrónicas" en la vida política?), sino de proyecto (¿Con qué fin queremos

desarrollar las redes numéricas de comunicación interactiva?). La forma y los contenidos del ciberespacio son aún indeterminados. Un vasto campo político y cultural, casi virgen, se abre a nosotros. Pudiéramos vivir uno de esos momentos muy raros en los que una civilización se inventa ella misma, deliberadamente. Pero esta apertura no durará quizás mucho tiempo. Antes de comprometerse ciegamente en vías irreversibles, es urgente imaginar, experimentar y favorecer, en el nuevo espacio de comunicación, estructuras de organización y estilos de decisión orientados hacia una profundización de la democracia. El ciberespacio podría convertirse en un medio de exploración de los problemas, de discusión pluralista, en hacer visibles procesos complejos, de toma de decisión colectiva y de evaluación de los resultados cercanos a las comunidades en cuestión.

La inadaptación de las estructuras de gobierno a los problemas políticos contemporáneos

Las formas actuales de gobierno se estabilizaron en una época en que los cambios técnicos, económicos y sociales eran mucho menos rápidos que en la actualidad. Los grandes problemas políticos del mundo contemporáneo tienen que ver con el desarme, los equilibrios ecológicos, las mutaciones de la economía y el trabajo, el desarrollo de los países del Sur, la educación, la gran pobreza, el mantenimiento del vínculo social, entre otros. Nadie tiene solución simple y definitiva para resolverlos. Un enfoque serio de estas cuestiones demanda probablemente una movilización de gran variedad de competencias o el tratamiento continuo de enormes flujos de informaciones. Además, los problemas en cuestión están todos más o menos interconectados en un espacio mundializado. En fin, su solución exige negociaciones entre muy numerosos actores, heterogéneos en cuanto a su dimensión, su cultura y sus intereses a corto plazo.¹ Casi ningún sistema de gobierno contemporáneo ha sido concebido para responder a tales exigencias.

Los procedimientos de decisión y de evaluación empleados hoy fueron establecidos para un mundo relativamente estable y para una ecología de la comunicación sencilla. Ahora bien, la información es hoy de naturaleza torrencial u oceánica. La diferencia entre el carácter diluviano de los flujos de mensajes y los modos tradicionales de decisión y de orientación se hace cada vez más abierto.² Los sistemas de gobierno utilizan todavía mayoritariamente técnicas molares de comunicación. La administración recurre con frecuencia a la gestión clásica – lenta y rígida – por medio del escrito estático. Ella solo se sirve de la informática generalmente con el propósito de racionalizar y de acelerar el funcionamiento burocrático y raras veces para experimentar formas de organización o de tratamiento de información innovadoras, descentralizadas, más flexibles e interactivas. En cuanto a los hombres políticos, su espacio de comunicación y de pensamiento se encuentra casi completamente polarizado por los medios masivos: periódicos, radio y televisión.

1 Sobre estas cuestiones de estructura de gobierno y de aptitud para gobernar, ver el informe del club de Roma, firmado por Alexander King y Bertrand Schneider : *Cuestiones de supervivencia*, Calman – Lévy, Paris 1999 (Título original : *The First Global Revolution*). Fundamentalmente las páginas 162 a 183.

2 La mutación de la esfera tecnocomunicativa, la imposibilidad de dominar su medio ambiente y de modificarlo por las vías habituales frente al crecimiento de la información como las diversas patologías sociales ligadas a esta nueva situación han sido muy bien analizadas por Franco Berardi. Ver, de este autor, *Mutazione e cyberpunk*, Costa & Nolan, Génova, 1994; *Come si cura il nazi*, Castelvecchi, Roma, 1993; y de Bernardi, Franco & Bolleli, Franco *Per una deriva felice*, Múltipla, Milano, 1993.

Y sin embargo, para responder a la aceleración del cambio, un uso masivo de las técnicas numéricas de simulación, de acceso a la información en tiempo real y de comunicación interactiva podría resultar muy útil, entre las manos de todos los ciudadanos. ¿Cómo tratar enormes masas de datos sobre problemas interconectados en situación inestable? Probablemente adoptando estructuras organizativas que favorezcan una verdadera socialización de las soluciones de problemas más que su tratamiento por instancias separadas, con el peligro de convertirse rápidamente en opuestas, de entorpecerse, de ser sobrepasadas y sacadas del juego. El tratamiento cooperativo y paralelo de las dificultades reclama la concepción de medios de filtraje inteligente de los datos, de navegación por la información, de simulación de sistemas complejos, de comunicación transversal y de localización mutua de las personas y grupos en función de sus actividades y de sus conocimientos. Se puede suponer que ciertas técnicas de construcción interactiva y de visualización de espacios de significación emergentes permitan ir en ese sentido. El uso generalizado de esas "ágoras virtuales" mejoraría de forma sensible la elaboración de las preguntas, la negociación y la toma de decisión en colectivos heterogéneos y dispersos.

La movilización de competencias sociales es una exigencia indisociablemente técnica y política. Solo se podrá hacer avanzar la democracia explotando lo mejor posible los instrumentos de comunicación contemporáneos. Simétricamente, la profundización de la democracia en el sentido de la inteligencia colectiva constituiría una finalidad a la vez socialmente útil y (estimamos) entusiastamente para los fomentadores del ciberespacio. El uso socialmente más útil de la informática de comunicación es sin dudas de proporcionar a los grupos humanos los medios para mancomunar sus fuerzas mentales para constituir colectivos inteligentes y hacer vivir una democracia en tiempo real.

¿El ágora virtual estará reservada a la élite?

Se podría objetar a esta proposición tecnopolítica que los instrumentos de navegación por el ciberespacio serían demasiado costosos y fastidiosos de manipular. El ágora electrónica sería de hecho un lujo elitista, reservado a los ricos y educados. Este argumento no nos parece válido. En cuanto al costo, un sistema tal podría apoyarse en las infraestructuras materiales existentes, sin acudir incluso a las famosas fibras ópticas de las "autopistas de la información". Los desarrollos necesarios para mejorar sistemas de compresión y de descompresión de datos para la concepción de programas de comunicación, de navegación, de simulación y de visualización serían mínimos en relación con sumas gastadas en ciertos gastos militares o en la construcción de oficinas vacías. Ninguna inversión particular sería necesaria para desarrollar terminales. Nos serviríamos simplemente de microcomputadoras multimedia disponibles en el mercado. En cuanto a las barreras para su uso, los instrumentos digitales contemporáneos son cada vez menos difíciles de utilizar. Una parte creciente de la población se sirve de computadoras en su trabajo y sabe manejar uno o dos programas. Las dificultades de aprendizaje parecen casi inexistentes para las jóvenes generaciones. Recordemos que solo se trata aquí de aprender a servirse de los instrumentos numéricos de comunicación y no de construirlos o programarlos. A título de comparación, recordemos que el sufragio universal presupone la alfabetización de los ciudadanos. Ahora bien, la práctica de la lectura se adquiere duramente, en tres o cuatro años (incluso más) de trabajo asiduo, en instituciones especializadas y muy costosas para la colectividad (las escuelas), a las cuales desgraciadamente ciertas personas no tienen acceso en todos los países. ¿Es una razón para rechazar el sufragio universal, bajo el pretexto de que estaría reservado para una élite próspera y alfabetizada? Al contrario, se considera de forma general el sufragio universal, así como el acceso a la educación, como derechos. La capacidad mínima para navegar

en el ciberespacio se adquirirá probablemente en mucho menos tiempo que la necesaria para aprender a leer y, como la alfabetización, estará asociada a muchos otros beneficios sociales, económicos y culturales que al acceso a la ciudadanía.

El teléfono y la televisión forman parte hoy del equipamiento normal de los hogares en los países industrializados, incluso en los más modestos. La televisión es el terminal de un dispositivo de comunicación que funciona según el esquema en estrella uno/todos. El mensaje parte de un centro único para llegar a una periferia numerosa de receptores separados unos de otros. En cuanto al teléfono, es el terminal de un dispositivo de comunicación estructurado por el esquema en red uno/uno. En él los contactos son interactivos, pero solamente dos usuarios (o un pequeño número de personas pueden comunicar al mismo tiempo). No es absurdo prever que, en algunos años, la mayoría de los hogares puedan estar también equipados de terminales (los cibergates³) de un dispositivo de comunicación según un esquema en *espacio* todos/todos. Los ciudadanos podrían entonces participar en un arreglo sociotécnico de un nuevo género, que permita a grandes colectividades comunicar con ellas mismas en tiempo real. El ciberespacio cooperativo debe ser concebido como un verdadero servicio público. Esta ágora virtual facilitaría la navegación y la orientación en el conocimiento; favorecería los intercambios de saber; acogería la construcción colectiva del sentido; ofrecería visualizaciones dinámicas de las situaciones colectivas; en fin, permitiría la evaluación multicriterio en tiempo real de una enorme cantidad de proposiciones, de informaciones y de procesos en curso. El ciberespacio podría convertirse en el lugar de una nueva forma de democracia directa a gran escala.

Democracia representativa y democracia directa

No podemos descansar en la experiencia histórica o la tradición para reaccionar ante problemas sin precedentes. La filosofía política evidentemente no puede haber ya censado y discutido la democracia directa en tiempo real en el ciberespacio ya que la posibilidad técnica para ello solo se presenta desde mediados de 1980. La democracia ateniense reunía algunos miles de ciudadanos que se encontraban y discutían juntos en un lugar público a donde podían ir a pie. Al nacimiento de las democracias modernas, millones de ciudadanos estaban dispersos en territorios extensos. Fue, pues, *prácticamente* imposible hacer vivir una democracia directa a gran escala. La democracia representativa puede ser considerada como una solución técnica a dificultades de coordinación. Pero en cuanto se presentan mejores soluciones técnicas, no hay ninguna razón para no explorar en serio. Los regímenes pluralistas y parlamentarios clásicos son ciertamente preferibles a dictaduras y el sufragio universal es superior al sufragio censitario. No obstante, no hay que hacer un fetiche de procedimientos sociotecnológicos específicos. El ideal de la democracia no es la elección de representantes, sino la mayor participación del pueblo en la vida de la comunidad. El voto clásico solo es un medio. ¿Por qué no considerar otros, basándose en la utilización de las técnicas contemporáneas y que permitirían una participación de los ciudadanos cualitativamente superior a la que confiere el conteo de boletines depositados en urnas?

En nuestros días, en efecto, además de las actividades asociativas, la participación efectiva de los ciudadanos en la vida de la comunidad toma esencialmente la forma del voto. Cuando el elector otorga su voto a un programa, a un portavoz o a un partido, añade un peso en una balanza o un minúsculo diferencial de fuerza a una proposición. El voto enrola al ciudadano en un proceso de regulación social molar en el cual sus actos solo tienen efectos cuantitativos. Los

3 Puerta de las redes numéricas de comunicación interactiva.

individuos que dejaron en la cabina electoral un boletín idéntico son prácticamente intercambiables, incluso si enfrentan problemas muy diferentes y si sus argumentos y posiciones se distribuyen mediante mil matices. Las identidades políticas eficaces se reducen a la pertenencia a algunas categorías simples, incluso binarias. Los sondeos funcionan en general según los mismos principios: el encuestado debe responder aisladamente "sí" o "no" a preguntas simplistas planteadas por otros y sus respuestas solo tienen al final un efecto estadístico. Aparte de que el modo de expresión permitido por el voto es de una extrema tosquedad, es discontinuo y permite muy poca iniciativa por parte de los ciudadanos: las elecciones importantes generalmente solo tienen lugar cada cuatro o cinco años. Sin embargo, un dispositivo de democracia directa en tiempo real en el ciberespacio permitiría a cada cual contribuir continuamente a elaborar y a refinar los problemas comunes, a introducir nuevas preguntas, a forjar argumentos, a enunciar y adoptar posiciones independientes unas de otras sobre una gran variedad de temas. Los ciudadanos dibujarían juntos un paisaje político cualitativamente tan variado como se desee, sin las obligaciones impuestas por grandes separaciones molares entre partidos. La identidad política de los ciudadanos se definiría por su contribución en la construcción de un paisaje político perpetuamente en movimiento y por el apoyo que darían a tales problemas (que juzgan prioritario), a tales posiciones (las cuales adoptan), a tales argumentos (de los cuales harán uso). De este modo, cada uno tendría una identidad y un papel político absolutamente singular y diferente al de otro ciudadano, teniendo la posibilidad de ponerse de acuerdo con los que sobre un tema tal, en un momento tal tienen posiciones similares o complementarias. Claro está, todas las precauciones se tomarían para proteger el anonimato de las identidades políticas. No se participaría ya más en la vida de la comunidad "haciendo grupo", añadiendo peso a un partido o confiriendo una legitimidad superior a un portavoz, sino fomentando la diversidad, animando el pensamiento colectivo, contribuyendo a la elaboración y a la solución de los problemas comunes.

Constituir temas colectivos de enunciados

Dar a una colectividad el medio de proferir una expresión pluralista, sin pasar por representantes, ese es el objetivo tecnopolítico de la democracia en el ciberespacio. Esta expresión colectiva podría, por ejemplo, presentarse como una imagen compleja o un espacio dinámico, un mapa en movimiento de las prácticas y de las ideas del grupo. Cada cual podría situarse en un mundo virtual que todos contribuirían a enriquecer y a forjar por medio de sus actos de comunicación. Colectivo no es forzosamente sinónimo de masivo y de uniforme. El desarrollo del ciberespacio nos ofrece la oportunidad de experimentar modos de organización y de regulación colectivos que exaltan la multiplicidad y la variedad.

El problema de la constitución de los temas colectivos de enunciados es uno de los más arduos de la filosofía y de la práctica política. ¿En qué condiciones podemos decir "nosotros" justamente? ¿Y qué es lo que ese "nosotros" puede enunciar legítimamente como colectivo, sin usurpación ni reducción de variedad? ¿Qué se pierde diciendo "nosotros"? Cuando los participantes en una manifestación gritan todas las mismas consignas, están constituyendo efectivamente una concertación colectiva de enunciado. Pero pagan esta posibilidad con un alto precio: las proposiciones comunes son escasas y muy sencillas; enmascaran las divergencias y no integran las diferencias que singularizan a las personas. Además, la consigna preexiste generalmente a la manifestación. Es raro que cada uno de los participantes haya contribuido a negociarla o a crearla. La manifestación, como el voto, únicamente permite a los individuos construirse una subjetividad política al pertenecer a una categoría ("los que retoman la misma consigna", o "los que se reconocen en tal partido", etcétera). Cuando todos los miembros de un colectivo

formulan (o se supone que emitan) las mismas proposiciones, el arreglo para el enunciado colectivo está en la fase de la monodía o del unísono. Los "nosotros" pobres enuncian proposiciones monótonas. Pues existen diversas maneras de decir "nosotros".

Ciertas formas de organización permiten a los individuos inscribirse de manera diferenciada en un enunciado final complejo: libros o artículos de diversos autores, filmes seguidos de un genérico donde se plasma el aporte de cada uno, piezas de teatro o periódicos. En el campo político el equivalente sería un texto de ley discutido, modificado, enmendado y aprobado por una asamblea. Pero, en este caso, el enunciado da la lectura de un producto final acabado y no la dinámica abierta de la composición de los votos y de la negociación de los mensajes. Por otra parte, este tipo de armonización de enunciado está generalmente dominado por un autor, un director, un redactor principal, un director de orquesta cualquiera. Aquí, el dispositivo de enunciado ya está en la fase de la polifonía. Sin embargo esta sinfonía no es aún suficientemente viva, plural e indeterminada. Es una armonía preestablecida por un punto de origen en el pasado, paralizada por una parada que se desarrolla o dirigida desde arriba por un "punto de trascendencia" que orienta el proceso. Ahora bien, para ser completamente libre, la expresión del colectivo debería estar suspendida en su aliento, debería brotar sin parar e inventarse en tiempo real.

El ciberespacio podría tener mecanismos de expresión capaces de producir sinfonías políticas vivas, que permitieran a los colectivos humanos inventar y expresar constantemente enunciados complejos, ensanchar la gama de singularidades y divergencias sin por ello adoptar formas preforzadas. La democracia en tiempo real busca la constitución del "nosotros" más rico y cuyo modelo musical podría ser el coro polifónico improvisado. Para los individuos, el ejercicio es particularmente delicado ya que cada uno está llamado al mismo tiempo a... 1) escuchar a los otros coristas, 2) cantar de manera diferente, 3) hallar una coexistencia armónica entre su propia voz y la de los otros, es decir, mejorar el efecto de conjunto. Es necesario entonces resistir a los tres "malos atractivos" que incitan a los individuos a cubrir la voz de sus vecinos cantando muy alto, o a callarse, o a cantar al unísono. En esta ética de la sinfonía, se habrán reconocido las reglas de la conversación civilizada, de la cortesía o del saber vivir. Eso quiere decir no gritar, escuchar a los demás, no repetir lo que acaban de decir, responderles, tratar de ser pertinente e interesante teniendo en cuenta el estado de la conversación. La democracia directa en el ciberespacio implantaría una cortesía asistida por ordenador. Esta nueva democracia podría tomar la forma de un gran juego colectivo en el cual ganarían (pero siempre a título provisional) los más cooperativos, los más corteses, los mejores productores de variedad consonante y no los más hábiles para tomar el poder, para ahogar la voz de los demás o para captar masas anónimas en categorías molares.

Las capacidades de cálculo, de visualización sintética y de comunicación inmediata propia al ciberespacio son indispensables para el funcionamiento a gran escala de tal dispositivo de sinfonía o de polifonía política. La constitución del grupo social no escapa ciertamente jamás a la necesidad de una mediación. Nuestra hipótesis es que esta mediación podría ser inmanente más que trascendente. En la trascendencia, los mediadores son dioses, mitos, jerarquías, representantes. En la inmanencia, hace oficio de mediador entre el grupo y él mismo, un instrumento electrónico sostenido por miles de manos que produce y reproduce continuamente una imagen-texto variada, una cine-tarjeta observada por miles de ojos, estructurada por los debates en curso y la implicación de los ciudadanos. El papel del ágora virtual no es aquí de decidir por la gente (no tiene nada que ver con los proyectos grotescos de "máquinas de gobernar"), sino de contribuir a producir una armonización colectiva de enunciado animado por personas vivas. El mediador

técnico calcula y vuelve a calcular en tiempo real el discurso-paisaje del grupo, de manera de deformar lo menos posible la singularidad de los enunciados individuales.

Hasta muy recientemente, la mayoría de los mediadores de los grupos fueron humanos que su papel había transformado en sobrehombres, en casi dioses (reyes, jefes de Estado o de gobiernos, héroes, estrellas de los medios masivos), o bien en subhombres, víctimas emisarias, enemigos que polarizan la violencia latente en la sociedad. ¿Existe una fatalidad antropológica de la heteronomía, de la trascendencia, de la divinización o de la persecución? Nuevas posibilidades técnicas, combinadas con avances de tipo organizacional y jurídico podrían, si no hacer desaparecer para siempre la trascendencia y la heteronomía, al menos conferirles un estatus de arcaísmo deplorable como presentan ciertamente hoy a los ojos de nuestros lectores los sacrificios humanos, la esclavitud, la piratería, la tortura, el apartheid, la economía totalmente planificada o los regímenes dictatoriales. Lo que consideramos bárbaro hoy, fue sin embargo evaluado, en otros tiempos y lugares, según los casos, como prácticas "normales", o impuestas por la naturaleza humana, e incluso deseadas. Mediaciones tecnicojurídicas inmanentes al servicio del enunciado colectivo harán quizás obsoletas ciertas antropologías demasiado ansiosas por llegar a la conclusión de la eterna necesidad de mediaciones divinas o demasiado humanas para dar forma a la unidad de un grupo. ¿Quién puede pretender con certeza que las víctimas, los dioses, los poderes trascendentes, que la heteronomía en general sea la vía obligada para la unión de los colectivos?⁴ ¿Y cuál es, en la materia, el efecto auto-realizador de las profecías que se presentan como constataciones?

Dinámica de la comunidad inteligente

El colectivo inteligente es la nueva figura de la comunidad democrática. Habitada por este ideal, la "política molecular" se libra del dominio de los poderes territoriales, interrumpe un momento la acción de las redes deterritorializadas de la economía mundial para dejar actuar, en el seno del vacío así conquistado, los procesos rizomáticos, los pliegues y repliegues de la inteligencia colectiva. No se trata aquí de formular un programa, de dar un "contenido" a la democracia en tiempo real, sino solamente de indicar una manera de hacer, de esbozar algunas reglas del nuevo juego. En particular, se quisiera evitar que la inteligencia colectiva no se paralice en un objetivo, no se cosifique en tal o más cual de sus actos internos, en tal fase de su dinámica, cuando lo esencial es el movimiento autónomo, el proceso creador en sí. La comunidad inteligente tiene por finalidad su propio crecimiento, su densificación, su extensión, su regreso a sí y su apertura al mundo. En una perspectiva política, las grandes fases de la dinámica de la inteligencia colectiva son la escucha, la expresión, la decisión, la evaluación, la organización, la conexión y la visión, cada una de ellas reenvía a las demás.

Entremos en el círculo y comencemos por la escucha. La comunidad inteligente no solo escucha su entorno, sino también escucha de sí y de su variedad interna. Como ya insistimos bastante al respecto, dispositivos de comunicación

4 Pensamos sobre todo en la *Critique de la raison politique* de Régis Debray (Gallimard, París, 1981), cuyos juicios sobre lo político son recientemente retomados en *Manifestes médiologiques*, Gallimard, París, 1994. Ver también, del mismo autor, *Vie et mort de l'image*, París, 1992, *L'Etat séducteur*, Gallimard, París, 1993 y *Cours de médiologie générale*, Gallimard, París, 1991. La tesis de la necesaria heteronomía del cuerpo político resta mucha fuerza a la empresa "mediológica" de este autor. ¿Por qué la heteronomía no sería, como otros aspectos del funcionamiento colectivo, dependiente del estado de las técnicas y de las prácticas de comunicación? ¿Por qué sustraer la alternativa heteronomía/autonomía del campo de la mediología? La voluntad de fundamentar una antropología sobre un punto estable, sustraído del devenir técnico y discursivo que es el rasgo mismo del humano, se hace decididamente difícil de sustentar.... Arriba, Régis, un esfuerzo más para ser mediólogo !

posmediáticas son capaces de restituir la diversidad que surge de las prácticas efectivas. La escucha consiste en hacer surgir, en hacer visible o audible, la miríada de ideas, de argumentos, de hechos, de evaluaciones, de invenciones, de relaciones que tejen el social real, la masa de lo social, en su profundidad más oscura: proyectos, competencias singulares, modos originales de relación o de contractualización, experimentaciones organizacionales, etcétera. En situación de dependencia, las lenguas oficiales o las estructuras rígidas solo provocan interferencias, oscurecimientos y desorientaciones. Aumentar la transparencia para sí de lo social (y no la transparencia del individuo en el poder) supone que se autoriza las singularidades que lo habitan a expresarse en su propia lengua, a inventar sus autodescripciones y sus proyectos sin imponerle ningún código *a priori*.

Por otra parte, la escucha plena implica una fase de reactivación, de regreso o de rebote, supone un diálogo o un multilogo. Lejos de ser realizada por una instancia trascendente, o de limitarse a un simple reconocimiento pasivo de las diferencias, la escucha es ella misma un proceso inmanente al colectivo, circularidad creadora. Entonces, reenviar al colectivo, que ha sido escuchado por cada uno, se convierte en darle los medios de comprenderse o, mejor, de escucharse. No estamos lejos del nacimiento del vínculo social: escucharse. Los dispositivos de escucha del colectivo son a la democracia en tiempo real lo que el microscopio de efecto túnel es a las nanotecnologías. No hay acción fina sin percepción molecular. Es por ello que preferimos hablar de escucha molecular de los colectivos como procesos emergentes más que de "comunicación" o de "información", que connotan demasiado los medios molares. El término de escucha es preferible al de comunicación porque evoca la construcción de un vacío, más que el llenado de un canal, porque indica la atención a las demandas y a las proposiciones más que la oferta de información y la yuxtaposición de discursos. La escucha invierte el movimiento mediático. Hace elevarse el numeroso murmullo del colectivo más que dar la palabra a los representantes. Los medios continúan anunciando las catástrofes y difundiendo las imágenes del poder. La democracia en tiempo real se apoya en un dispositivo posmediático, una red de comunicación molecular sobre las prácticas positivas, los recursos, los proyectos, los conocimientos y las ideas.

A partir de esta escucha continua, los individuos y los grupos que animan la comunidad inteligente pueden expresar los problemas que estiman más importantes para la vida colectiva, tomar posición al respecto y formular argumentos de apoyo a sus posiciones. De esta forma, repitámoslo, la identidad política efectiva de un individuo no se distingue ya por su pertenencia a una categoría, sino por una distribución singular y provisional del espacio abierto de los problemas, de las posiciones y de los argumentos, espacio que cada uno contribuye a trazar y a volver a trazar en tiempo real. Mayorías y minorías deben entonces darse a lo plural, pues no se refieren ya más a un programa de gobierno molar, sino a problemas que surgen y que son más o menos persistentes. Las mayorías solo se forman sobre cuestiones específicas, a partir de ciertas elaboraciones colectivas. Algunas minorías tienen la posibilidad de experimentar sus puntos de vista, toda vez que sus proyectos no cuestionan el funcionamiento mismo de la democracia en tiempo real y no amenazan a las mayorías. Las iniciativas y experimentaciones minoritarias constituyen, en efecto, una dimensión esencial de la democracia en tiempo real, pues permiten la exploración de soluciones alternativas a los problemas del colectivo, siempre y cuando sean evaluadas. Una vez que las decisiones son tomadas e implantadas, son evidentemente evaluadas en tiempo real por el colectivo mismo, según una multiplicidad de criterios. Las formas de evaluación son, por otra parte, objeto de debates permanentes y ellas también son evaluadas. La democracia en tiempo real

maximiza la responsabilidad de un ciudadano llamado a la vez a tomar decisiones, a sufrir las consecuencias que resulten y a emitir un juicio sobre su legitimidad. La evaluación debe hacerse en la dinámica misma de la utilización de los servicios públicos o de la aplicación de las leyes. La extensión de la democracia supone un progreso de la responsabilidad. Ahora bien, está claro que hacer visibles efectos colectivos de las decisiones individuales y comunes debe reforzar los sentimientos y las prácticas de responsabilidad. Por ello, el ejercicio de la ciudadanía se funde con la educación a la ciudadanía.

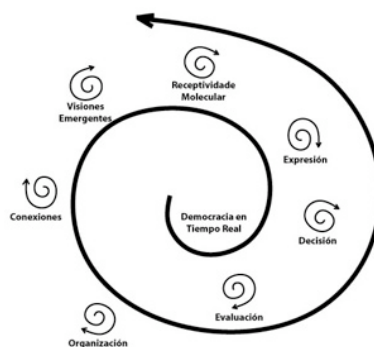
El acto siguiente de la inteligencia colectiva, el de la organización, consiste en distribuir funciones y entidades en el seno de la comunidad inteligente, en compartir las tareas, en reagrupar las fuerzas y las competencias. La organización se desprende de los actos precedentes. En efecto, la atribución de roles y la afectación de los recursos, sí deben ser eficientes, es decir dinamizar procesos y no solo reforzar territorios, debe necesariamente estar inmersa en un ciclo constante de la escucha, de la expresión, de la decisión y de la evaluación. Aislada de los actos precedentes, la organización se reduce a separaciones artificiales, a agrupaciones formales, sin vida, a simples tomas de poder. La política molecular resiste a la tentación de organizar de manera separada. Ella sumerge las formas molares de la organización en el ciclo de la inteligencia colectiva. Desde esta perspectiva, el Estado y las estructuras actuales de gobierno podrían conservarse, a condición de redefinir sus funciones: se convertirían en guardianes, los garantes, los administradores y los ejecutantes de la inteligencia colectiva. La organización contribuye a aumentar la visibilidad para sí de lo social ya que hace las distinciones y la localización más fáciles. En particular, la identificación clara de los centros de competencias y de recursos es un factor importante de legibilidad y de orientación para los ciudadanos. Entre tanto, la organización favorece pues, las conexiones y cooperaciones transversales, lo que contribuye a su propio cuestionamiento, a una desorganización permanente. Al ser una simple fase en el ciclo de la inteligencia colectiva, la organización se convierte de hecho en autoorganización; o más bien aparece como el momento organizador de una autoorganización más global.

En efecto, bajo el horizonte de la comunidad inteligente, la organización no puede ser pensada sin su complementario desorganizador: la conexión transversal. La puesta en movimiento de circulaciones, el pliegue, el repliegue y el despliegue de sí en un espacio de las proximidades de sentido y de las relaciones humanas animan y recorren permanentemente la democracia en tiempo real. Mundos virtuales de significaciones compartidas podrían favorecer todas formas de conexiones diagonales y de libre negociación sin pasar por representantes. Desde un punto de vista exterior, este momento puede aparecer como el de la desorganización, de la interferencia simplemente negativa de las distinciones y de las fronteras instituidas. Pero esos contactos transversales no se hacen a ciegas. Las circulaciones endógenas resultan inmediatamente actos de escucha, de expresión, de decisión y de evaluación. Es solo porque las moléculas sociales han podido localizarse mutuamente en su singularidad - y porque los procesos en curso se hicieron visibles - que pueden surgir reagrupaciones imprevistas, deseos de colaboraciones, de desplazamientos y de intercambio. Las cartas de la comunidad son así echadas.

Las ágoras virtuales de la democracia molecular ayudan a las personas y a los grupos a reconocerse mutuamente, a encontrarse, a negociar, a hacer un contrato. Al respecto, el desarrollo de instrumentos para la orientación y la localización en la complejidad política, social, institucional y jurídica nos parecen indispensables, a condición que sean ellos mismos fundamentados en la escucha permanente de las demandas y de las prácticas reales de los ciudadanos. Uno de los objetivos de la democracia en tiempo real es instaurar el mercado más transparente posible de las ideas, de los argumentos, de los proyectos, iniciativas,

peritajes y recursos, de manera de permitir a las conexiones pertinentes establecerse lo más rápidamente posible y al menor costo. Lejos de los movimientos *brownianos* y de mezclas aleatorias, la comunidad inteligente alienta en su seno la consecución sutil de las reacciones y los procesos moleculares. Valoriza lo más posible las cualidades humanas que la hacen vivir.

La efervescencia de los procesos moleculares no debe por ello bloquear toda emergencia de una visión global. El término visión no debe entenderse aquí como imagen fija de futuro, tabla prospectiva o signo fascinante venido de otra parte, sino más bien como acto de ver, nacimiento de una visión colectiva, visión de sí en devenir. La visión procede de los actos precedentes: escucha, expresión, decisión, evaluación, organización, conexión. La retroacción permanente acaba por dibujar una dinámica. La visión no viene de arriba, no es el hecho de un órgano separado de la inteligencia colectiva. Emerge de las interacciones y de los contactos, se forja en los proyectos comunes, las circulaciones y los encuentros. La visión es el momento en el cual los procesos moleculares esbozan o anuncian una forma global, profundizando algunos grandes atractores. Entre los instrumentos de esta visión, las imágenes virtuales de esta dinámica del colectivo ofrecidas por el ciberespacio tienen un papel importante. Estas imágenes son sintéticas o cartográficas, pero también pueden ser exploradas indefinidamente y desplegadas en modo hipertextual. Al mismo tiempo que inscriben las expresiones de los individuos en el colectivo, permiten a cada uno (individuos, grupos, asociaciones, instituciones, colectividades locales, empresas), integrar la visión común del conjunto en la preparación de su futuro. De ser convenientemente compartida, la visión global se refleja y se difracta en los proyectos y estrategias individuales, orienta o polariza los procesos moleculares. La visión unificante de la diversidad solo contribuye a dinamizar la inteligencia colectiva si es inmediatamente distribuida, retomada a cargo de forma autónoma por los actores sociales que informan las estrategias y las prácticas moleculares que contribuyen, en cambio, a hacer variar la imagen de la dinámica colectiva. La visión es la fase emergente y global de la escucha.



Dinámica de la Ciudad Inteligente

La democracia en tiempo real

La perspectiva de la democracia en tiempo real suscita inmediatamente un cierto número de preguntas, que tienen que ver sobre todo con la unidad de la comunidad, con la continuidad o con la constancia de su política. ¿No se corre el riesgo de pérdida de la memoria, de variaciones erráticas, de movimientos de multitudes incontrolables? ¿Se podrá aún situar en una perspectiva de largo plazo? Antes de abordar directamente estos problemas, necesitamos tener una visión global del tema capital de la temporalidad política. Abordaremos sucesivamente dos

cuestiones. Primeramente, ¿qué es del tiempo real aplicado a los procesos sociales en general y no solo al tratamiento de la información? Luego, en un plano más directamente político, ¿qué significa exactamente tiempo real en la expresión "democracia en tiempo real"?

Hemos visto que las tecnologías moleculares son más rápidas que las molares. Ellas continúan el tiempo real, es decir, que reducen a cero los plazos de obtención de los resultados. ¿Cuáles son las diferencias entre el tiempo real del cálculo y de la transmisión y el de los asuntos humanos? La primera diferencia es cuantitativa. Cuando se trata de comunidades, la noción de tiempo real no tiene la misma escala que para los tratamientos de información. Una simulación numérica reacciona inmediatamente al cambio de una variable, un individuo no transforma sus modelos mentales y sus esquemas de acciones tan rápidamente. En cuanto a los grupos, estos aprenden aún mucho más lentamente que los individuos. La segunda diferencia es cualitativa. Para humanos, reducir las duraciones no puede ser un objetivo en sí. El ejercicio de la vitalidad física y el disfrute de las cualidades humanas alimentan un tiempo que sería absurdo querer reducir. Desde el punto de vista de la subjetividad, el problema no es reducir el tiempo, sino enriquecerlo. Si la aceleración de las operaciones se traduce por un empobrecimiento del tiempo vivido, en términos de economía del humano, se trata más bien de una pérdida que de una ganancia. Combinando las diferencias cualitativa (subjetividad del tiempo) y cuantitativa, comprendemos por qué la negociación y la aclimatación de las novedades en los colectivos obedece a un ritmo "lento". La novedad desplaza o trastorna progresivamente una gran cantidad de hábitos, de maneras de hacer, ajustes de identidad y equilibrios relacionales. El aprendizaje colectivo tarda también porque pone en juego interacciones y negociaciones entre seres autónomos, que son capaces de decir no, y de los cuales cada uno es el centro de un mundo. Las moléculas y los bits ofrecen en comparación muy poca "resistencia al cambio" al ser menos inteligentes y menos libres que los hombres. Se dejan, pues, tratar más fácilmente en tiempo real. La lentitud y el ritmo propio de los procesos colectivos testimonian de la nobleza del humano. Para aprender, pensar, innovar y decidir en común, hace falta tiempo. Para formar juntos juicios, para ajustar y desplegar lenguajes, para entretejer comunidades, hace falta también tiempo.

Anticipemos a la continuidad de nuestra exposición para subrayar desde ahora que, situada bajo el signo de la inteligencia colectiva, la democracia en tiempo real se opone rotundamente a la demagogia de las transmisiones directas y a los efectos de masa inmediatos. En efecto, hay que distinguir dos temporalidades de los colectivos inteligentes, la de su constitución y el de su modo de acción una vez constituidos. La primera temporalidad (o temporalidad temporalizante) es forzosamente "lenta" y no puede manifestarse al instante, en el mismo segundo. Si se le apura, se oculta, justamente porque es autónoma. Utilizará sin dudas tiempo real de las técnicas moleculares y redes numéricas, pero para seguir mejor un ritmo interior, subjetivo, secreto, plural y complicado, que no miden ni el reloj ni el calendario.

Sin embargo, el colectivo inteligente es efectivamente más "rápido" que los grupos humanos orgánicos o molares. En realidad, ¿qué es la inteligencia, esa capacidad de aprendizaje y de invención sino la habilidad de acelerar? Una invención permite casi siempre ir más rápido hacia un objetivo. El *Homo sapiens* hace surgir la cultura, que va más rápidamente que la evolución biológica. La técnica, el lenguaje, el pensamiento en general son aceleradores. Es por ello que el colectivo inteligente trabaja lo más posible sus velocidades de aprendizaje, aumenta sus capacidades de reorganización, reduce los plazos de innovación, multiplica sus poderes de descubrimiento. Un grupo más inteligente es también un

grupo más rápido. Pero únicamente alcanzará esta velocidad cognoscitiva movilizándolo - y por ende respetando - las subjetividades autónomas que lo forman más que alineándolas a un tiempo exterior. El tiempo real de la inteligencia colectiva solo puede ser una emergencia, él sincroniza intensidades de pensamiento, de aprendizaje y de vida.

Vayamos ahora al centro de nuestro problema. La idea de una democracia en tiempo real no tiene nada de paradójico ya que la democracia es, por naturaleza, en tiempo real. De hecho, en su acepción más común, se opone a lo arbitrario del tirano o al poder de una minoría y plantea en el lugar una ley válida para todos y decidida por todos (o al menos por la mayoría). Eso significa decir que el objeto de la democracia es realizar y conservar la autonomía del grupo de ciudadanos: la comunidad se da sus propias leyes. Ahora bien, la autonomía, tal y como la entendemos hoy, es incompatible con la resignación al hecho consumado. Ella supone una aptitud para el cambio, para el cuestionamiento, para el aprendizaje. El ser autónomo posee el poder de escapar a su pasado, rechaza ser estrechamente determinado. Por su cualidad de soberano, puede modificar la ley instituida o darse otra. Ahora bien, según Emmanuel Lévinas, la trascendencia es precisamente lo que ya ha pasado definitivamente, siempre ya pasado, y lo que no se puede recuperar. Cuando una colectividad decide darse otras leyes u otras formas de organización, distintas a las que rigieron a sus antepasados, entonces escapa al peso de la tradición, o a la toma de una trascendencia, siguiendo los intereses actuales de la comunidad, o porque plantea nuevos objetivos. Tal comunidad se instituye así como autónoma. La democracia es por excelencia el régimen político del "presente por un futuro", en oposición a un tiempo rígido, dominado por un pasado o por una trascendencia (heteronomía). La expresión de "democracia en tiempo real" es, pues, pleonástica ya que la democracia busca por esencia la decisión colectiva al presente y la reevaluación permanente de las leyes. Si únicamente se recurre hoy esporádicamente a la deliberación y a la decisión del ciudadano, no es ciertamente en función de los principios de la democracia. La delegación renovada periódicamente es un paliativo, a falta de poder mantener viva una inteligencia colectiva sin interrupción. Cada vez hay menos argumentos "técnicos" para perpetuar el despotismo fragmentado que constituye la delegación, ya que las ágoras virtuales podrían abrir espacios de comunicación, de negociación, de emergencia de una voz colectiva y de decisión en tiempo real.

Podemos ahora responder a los temores sobre la ausencia de política a largo plazo y de continuidad en un régimen de democracia en tiempo real. Subrayemos primero que son los gobiernos actuales, es decir precisamente los representantes electos, los que se subordinan al poco y fragmentado tiempo de los medios masivos de comunicación. La ausencia de visión y de política a largo plazo viene de la combinación entre representación (forma política molar) y televisión (dispositivo de comunicación molar). El sistema es tal que los representantes solo persiguen hacerse reelegir, para lo cual utilizan los medios, que los someten a su instantaneidad, a su ausencia de memoria y de proyecto. La política del espectáculo personaliza excesivamente lo que se trata, fascina a los ciudadanos, los atomiza, los masifica, no les da ninguna participación en los asuntos del colectivo.

Hay que hacer pues una clara distinción entre la democracia en tiempo real que podrá desplegarse en el ciberespacio y la política mediática que se basa en el trío infernal televisión/sondeos/elecciones. La democracia en tiempo real no tiene que ver nada con la emisión de televisión seguida del voto en línea. Por el contrario, se inscribe en la construcción lenta, pero continua de un debate colectivo e interactivo donde cada cual puede contribuir a elaborar las preguntas, a afinar posiciones, a emitir y sopesar argumentos, a tomar y evaluar decisiones.

¿Quién tendrá tendencia a inscribirse en el largo plazo? ¿Los que decidan de su futuro colectivo y del de sus hijos, o bien aquellos que deben hacerse reelegir al año siguiente? ¿Quién reclamará medidas a corto plazo? ¿Grupos de interés sin poder real de decisión, condenados a la reivindicación, fuera de toda evaluación? ¿O bien minorías reunidas alrededor de un proyecto que las compromete, que ellas evalúan y que tienen a su cargo experimentar ellas mismas? Una política discontinua nace de la relación infantil entre categorías irresponsables que reivindican cada una para ellas mismas, sin preocupación por la colectividad, por una parte, y responsables con poder de decisión, que solo responden a esas reivindicaciones en función de cálculos electorales a corto plazo, por la otra. La democracia en tiempo real instaura, por el contrario, un tiempo de *la* decisión y de la evaluación continuada, donde un colectivo responsable sabe que será confrontado en el futuro con los resultados de sus decisiones actuales.

La inteligencia colectiva no tiene nada que ver con la tontería de las multitudes. Los pánicos y los entusiasmos colectivos, son hechos de la propagación epidémica de afectos y de representaciones entre masas de individuos aislados. Las personas que integran una multitud presa del pánico o del entusiasmo no piensan en conjunto. Comunican sin dudas, pero en el sentido mínimo de la conducción pasiva e inmediata de mensajes simples, de sentimientos violentos y de comportamientos reflejos. El efecto global de las acciones individuales escapa absolutamente a los individuos que componen la multitud. Quisieran hacernos creer que el tránsito por una trascendencia (jerarquía, autoridad, representantes, tradición, y otros) es el único medio de hacer al colectivo menos errático que una multitud atomizada. Pero esto es falso. Disposiciones tecnicoorganizativas pueden hacer visible para todos la dinámica colectiva, permitiendo a cada cual situarse en ella, modificarla y evaluarla con conocimiento de causa. Los colectivos inteligentes se oponen punto por punto a la incoherencia y a la inmediatez brutal de los movimientos de multitud, sin canalizar sin embargo, a la comunidad en una estructura rígida.

Dos temporalidades molares y uniformizantes se afrontan en la actualidad en política. De una parte, la de la política-espectáculo, discontinua, fragmentada, sin memoria, sin proyecto, incoherente. De otra parte, la temporalidad de los Estados y de las burocracias, terriblemente lenta, conservadora, tensa por la continuidad inmóvil de la gestión de los territorios, gobernada por la reconducción del pasado. El ruido y la monotonía. Entre esos dos escollos, la democracia en tiempo real se esfuerza por seguir y respetar los múltiples cursos de temporalidades moleculares: los de las personas, los de las diversas comunidades heterogéneas que se entrecruzan, los de los problemas que siguen cada uno su propio ritmo. Dentro de la inestabilidad general, ella trata de hacer entrar esos ritmos en resonancia, de hacer armonizar provisionalmente los acentos y las cadencias. Expresa un tiempo plural y subjetivo. Reconocemos el tema de la improvisación sinfónica: las voces se ponen en fase, se responden, hacen escuchar una improbable sinfonía. Como la música, la política molecular es un arte del tiempo.

El totalitarismo frente a la economía de las cualidades humanas

Pero nuevamente, y a pesar de todos los argumentos, se elevan sospechas: ¿esta democracia en tiempo real no es la máscara para una nueva forma de totalitarismo? Si deseamos entendernos bien sobre el sentido de las palabras, no hay nada de eso. Orwell enunció maravillosamente la fórmula del totalitarismo: *"Big brother is watching you"*. La política mediática invierte simplemente la fórmula del totalitarismo: en lugar de organizar la vigilancia constante de los individuos por el partido-Estado del dictador, ella fija la vista de cada cual en las vedettes

políticas. Todo el mundo mira a los mismos: al presidente, a los ministros, a los periodistas, a los "mediáticos". Solo se les ve a ellos, solo se habla de ellos. Ahora bien, la democracia en tiempo real organiza no la visión de un poder sobre la sociedad y las personas (totalitarismo), no el espectáculo del poder (régimen mediático), sino la comunicación de la comunidad con ella misma, el conocimiento de sí del colectivo. Y con ello, suprime la justificación del poder. Pues es precisamente cuando el colectivo no se conoce a él mismo, no controla su propia dinámica y no logra producir enunciados complejos, cuando "se precisa" de un poder. Para mantenerse, este poder no cesa de impedir la emergencia de una inteligencia colectiva que llevaría a la comunidad a obviarlo.

Pero a pesar de ello, ¿la idea de una ingeniería del vínculo social y de una óptima valoración de las cualidades humanas no introduce una cierta forma de "razón instrumental" (*Habermas*) en una esfera política donde este tipo de cálculo y de racionalidad no tiene ningún objeto? ¿La inteligencia colectiva y sus ágoras virtuales no representan el triunfo sutil pero tanto más irreversible de la "Técnica" (*Heidegger*)? ¿Toda idea de un progreso político y moral de la humanidad no surge de una filosofía de las luces desde hace tiempo rechazada, de un modernismo unificador fuera de moda y no acaba –por otra parte- por ponerse siempre al servicio de un imperialismo cualquiera (posmodernismo, *pensiere debole*, sentido común, etcétera)? Si usted la echa por la puerta, la sospecha de "totalitarismo" entra por la ventana, por ello es tan difícil hoy emitir una proposición política que no sea ni cínicamente realista, ni "decepcionante", ni catastrofista. Examinemos, pues, las cosas más detalladamente.

La democracia en tiempo real es a la vez, un caso particular y el colofón de la economía de las cualidades humanas. Ella participa efectivamente en la intención de valorización e incluso de optimización de las cualidades individuales. Tomando en cuenta el detalle subjetivo de cada mónada, de cada alma individual, un colectivo inteligente, parecido al Dios de Leibnitz, calcula lo mejor de los mundos posibles. Ya, según el autor de la Teodicea, el Gran Calculador respetaba el libre arbitrio de las personas pues solo intervenía en la fase inicial, por la selección global de un mundo, sin inmiscuirse en las cadenas de las causas y los efectos. La economía de las cualidades humanas, en lo que a ella se refiere, ya no incluye en lo absoluto la instancia trascendente, aun siendo infinitamente respetuosa de las libertades. Es una monadología sin Dios. En ella nadie posee el poder. Nadie tiene ahí el conocimiento absoluto. El cálculo del mejor está en ella mancillado por una incertidumbre ineluctable, lo que es positivo. Puesto que no se tiene conocimiento perfecto de la totalidad y que es imposible prever el futuro, el cálculo no planifica lo mejor de una vez, sino que prosigue continuamente en una serie indefinida de aproximaciones, siguiendo en tiempo real la llegada de las nuevas informaciones y el cambio de las situaciones.

Por el hecho de la diversidad de los mundos humanos, el cálculo de lo mejor no puede alinearse en un "Bien" unidimensional, molar, masivo y trascendente. Un mismo Bien para todos y para todos los instantes (aunque sea de naturaleza mercantil), bloqueando la emergencia de nuevas formas fuerza, ya no sería justamente el bien. El cálculo seguirá a una multitud abierta de criterios diferentes; y como hay varios mundos, habrá varios cálculos. Entonces el objeto, la técnica, la competencia, el proyecto, el gusto, la idea, la unidad de sentidos, el acto afectado del valor tal, en la comunidad tal, en el contexto tal, en el sitio tal, en un momento dado, tomará otros valores en otras partes y en otros tiempos. Hay que imaginar una pluralidad de cálculos de lo mejor en variación permanente dentro de mundos enmarañados más que el cálculo definitivo de un universo. Esta es la mayor diferencia entre la monadología de Leibniz y la economía de las cualidades humanas: ella no admite calculador exterior, sin gran ordenador que determine lo

mejor para todos. Lejos de ser centralizado, su cálculo está distribuido por todas partes. De hecho, existe al menos tanto calculadores elementales, como mónadas: los calculadores es la gente misma.

Se sabe que la voluntad de imponer "el mejor de los mundos" puede ser el pretexto de las peores dictaduras. Pero en este caso, el horror no se desprende de la búsqueda de lo mejor, de una preocupación por la optimización, sino del carácter forzoso, definitivo, exterior, de una solución molar, masiva válida para todos y, por ende, fatalmente inadecuada para cada cual. Disminuyendo las libertades, el totalitarismo destruye la vitalidad de ser. La imposición de un mundo perfecto solo caracteriza, por otra parte, un totalitarismo teórico o, en todo caso, la tecnocracia. Pues los totalitarismos reales, históricos, como el fascismo, el nazismo, el estalinismo, el maoísmo no se distinguieron tanto por su búsqueda de lo mejor para todos como por la invasión de la vida social por la problemática del poder, por las prácticas vigentes sin límites del dominio y de la esclavitud; por la loca proliferación, hasta en los recónditos intersticios del campo social, de cadenas de dependencia, de obediencia y de sometimiento. Que la política, el arte, la ciencia, la lengua, la producción y los intercambios, que casi todo lo que se vincula ya no sea estructurado, polarizado, de lo alto a lo más bajo de jerarquías y pirámides reproducidas en todas partes con una obstinación de fractura, a través de redes ramificadas indefinidamente por la búsqueda y conservación del poder; todo ello es lo que caracteriza, en efecto, a las sociedades llamadas totalitarias. Y por ello es que esas sociedades acaban por esterilizar toda vida económica, artística e intelectual, y por esa razón se entregaron abiertamente a masacres masivas y a genocidios. Y es por ello que, en definitiva, en un mayor o menor plazo solo logran arruinarse frente a una economía de las cualidades humanas, es decir, destruirse ellas mismas. Cuando las prácticas mafiosas del grupo que detenta el poder ya han destruido la civilidad, la retirada del partido dominante solo deja detrás de sí la proliferación del bandidaje y el desorden. No existe otra vía hacia la democracia que un largo aprendizaje colectivo del derecho, de la autonomía, de la reciprocidad y de la responsabilidad.

En la implantación de los regímenes llamados totalitarios, las inteligencias tan criticadas y el proyecto de un progreso moral de la humanidad, no desempeñan casi ningún papel. Pandillas políticas sin escrúpulos lograron arrastrar a las masas, justificaron (a menudo incluso a la vista de ellas) sus represiones, exacciones, locuras destructoras por teorías nacionalistas, racistas, imperialistas, religiosas, socialistas, marxistas u otras. Sin duda, esas teorías, esas religiones, esas grandes imágenes fabricadoras de identidades poseen su importancia, pero a fuerza de mirar en nombre de qué los crímenes totalitarios fueron cometidos, parece que se olvida de qué crímenes se trata, y cómo fueron perpetrados. Lo menos que se pueda decir al respecto es que las prácticas efectivas propagadas por estos regímenes no responden precisamente a los ideales de un progreso moral de la humanidad: prácticas unilaterales de dominio, de imposición y de reducción; extinción de las creatividades, eliminación de las diferencias, utilización de la fuerza bruta; desprecio, humillación, designación de sub-humanos; desvalorización general, despilfarro y destrucción de las potencialidades del ser y de las cualidades humanas. ¡Pues sí! Estamos por el progreso. Albergamos las peligrosas utopías de la reciprocidad, del intercambio, de la escucha, del respeto, del reconocimiento, del aprendizaje mutuo, de la negociación entre sujetos autónomos y de la valorización de todas las cualidades humanas. Y estimamos, además, que tal progreso, que no está garantizado por ninguna ley de la historia, depende de equipamiento cultural de orden técnico, lingüístico, conceptual, jurídico, político u otro: las buenas voluntades individuales no son suficientes. Por ejemplo, el sufragio universal es preferible que el sufragio censual; la libertad de comercio es preferible

a concesiones en cada puente; los libros impresos, los ordenadores personales y los teléfonos abren verdaderamente ciertas posibilidades de comunicación o de aprendizaje imposibles de alcanzar sin ellos. Para continuar por esta vía, el ciberespacio abre hoy inmensas perspectivas para una profundización de las prácticas democráticas. ¿Pero sabremos aprovechar estas nuevas posibilidades?

¡Que se cese de vincular toda idea de progreso social, moral o intelectual de la humanidad con peligrosas utopías que conducen directamente al totalitarismo! O bien la denuncia de las utopías enmascara un puro y simple conservadurismo; o bien su crítica consecuente lleva a demostrar los mecanismos destructores de la trascendencia y del poder.

Poder y potencia

Aparejada a la sospecha de totalitarismo, surge una crítica simétrica que ve en la disolución del poder un grave riesgo de debilitamiento para los grupos humanos, los cuales se entregarían a la democracia en tiempo real. Vivimos una época de inestabilidad y de competencia internacional exacerbada, tanto en el plano económico como en el militar. En estas condiciones, la transparencia para sí de lo social, la libertad que se deja a las minorías para tomar iniciativas y experimentar nuevas formas de regulación, la distribución molecular de la decisión y de la evaluación pueden aparecer como factores de fragilidad.

Pero en realidad, los ganadores de hoy son los que mejor logran movilizar y coordinar los conocimientos, las inteligencias, las imaginaciones y las voluntades. En la medida en que mejor circule la información, más rápidamente se evalúan las decisiones, mejor se desarrollan las capacidades de iniciativa, de innovación y de reorganización acelerada, y logran ser más competitivos⁵ las empresas, los ejércitos, las regiones, los países y las zonas geopolíticas. Ahora bien, el poder, de manera general, no posee ninguna afinidad con los funcionamientos en tiempo real, con las reorganizaciones permanentes y con las evaluaciones transparentes. En general, el poder trata de perpetuar las ventajas, preservar sus logros, mantener situaciones, opacar circuitos, actitudes todas muy peligrosas en período de deterritorialización rápida a gran escala. Por ser la democracia una educación con inteligencia colectiva, por ser capaz de movilizar, de valorizar y de emplear lo mejor posible todas las cualidades humanas, ella es, en tiempo real, el régimen político más apropiado para conceder la eficacia y la potencia característica del siglo XXI.

La potencia facilita; el poder bloquea. La potencia libera; el poder subordina. La potencia acumula energía; el poder la dilapida. Las tecnologías de la información y de la coordinación se convirtieron en lo suficientemente perfeccionadas para que las ventajas conferidas a una comunidad por una estructura de autoridad fuerte no compensen más el despilfarro de los recursos humanos y el freno de la inteligencia colectiva inherentes al ejercicio del poder. Para hacerse poderoso, un grupo humano debe, en lo adelante, suprimir las jerarquías en él y fuera de él.

Etimológicamente, la democracia designa "el poder del pueblo". Ahora bien, este régimen político es el menos malo, no porque otorgue el poder a una mayoría

5 Ver principalmente: Toffer, Alvin; *Les nouveaux pouvoirs*; Fayard ; París, 1999 y Toffer, Alvin & Heidi ; *Guerre et contre-*

guerre ; Fayard ; París, 1994.

tomada en su conjunto, sino porque moviliza un pensamiento colectivo para el gobierno de la ciudad. No se le prefiere porque establezca el dominio de una mayoría sobre una minoría, sino porque limita el poder de los gobernantes y porque instituye recursos contra la arbitrariedad. ¿Es la democracia la más agradable de las constituciones porque otorga el poder a los representantes del pueblo? No por ello, sino únicamente en la medida en que reemplaza las reglamentaciones particulares, los privilegios y los monopolios, por mecanismos generales de regulación. Somos demócratas porque este régimen limita el poder al mínimo necesario para hacer que se respete el derecho.

Hemos heredado de los griegos una tipología política que permite responder a la pregunta: ¿quién detenta el poder en la ciudad? Pero ya no se trata más de dar el poder al pueblo, a sus representantes, o a quien sea. Hoy, el problema político ya no es tomar el poder, sino acrecentar las potencias del pueblo, o de grupos humanos cualesquiera. El poder hace perder. Pasaríamos pues del ideal de la democracia (del griego *démos* pueblo, y *kratein*, dirigir, mandar) al de la demodinámica (del griego *dunamis*, fuerza, potencia). La demodinámica requiere una política molecular. Ella surge del ciclo de la escucha, de la expresión, de la evaluación, de la organización, de las conexiones transversales y de la visión emergente. Suscita la regulación en tiempo real, el aprendizaje cooperativo continuo, la valorización óptima de las cualidades humanas y la exaltación de las singularidades. La demodinámica no se refiere a un pueblo soberano, cosificado, fetichizado, enclavado en un territorio, identificado por la tierra o la sangre, sino a un pueblo en potencia, en perpetua vía de conocerse y de hacerse, por alumbramiento, un pueblo en devenir.